

El plan de batalla IV



"A algunos que dudan, convénzanlos. A otros, sálvenlos arrebatándolos del fuego. Y de otros tengan misericordia con temor, aborreciendo aun la ropa contaminada por su carne." **Jud.22-23**

Después de enseñar cómo permanecer en el amor, Judas ahora dirige nuestra atención hacia quienes están luchando espiritualmente. Defender la fe no consiste solamente en protegernos del error, sino también en amar lo suficiente a nuestros hermanos como para ayudarlos cuando están en peligro. Nuestra reacción natural suele ser la indiferencia. Es fácil pensar: "cada quien es responsable de su vida espiritual". Sin embargo, el amor cristiano nos impulsa a involucrarnos con humildad y compasión. La indiferencia no es una expresión de amor, sino de egoísmo. Si realmente amamos a nuestros hermanos, no permaneceremos pasivos cuando vemos que el pecado o el engaño comienzan a alejarlos del Señor (**Gálatas 6:1-2**).

Judas presenta tres situaciones diferentes que requieren respuestas distintas. El primer grupo son **los que dudan** (Judas 22). Son creyentes que comienzan a ser influenciados por falsas ideas, por los valores del mundo o por el desánimo espiritual. Poco a poco descuidan disciplinas como la oración, la lectura de la Palabra, la congregación o el servicio. Con ellos la respuesta debe ser la paciencia, la comprensión y el ánimo. Comprender no significa justificar su condición, sino acercarse con gracia para fortalecer su fe y recordarles las promesas de Dios. El segundo grupo está formado por quienes ya han avanzado mucho más en el engaño. Judas dice que debemos **"arrebatarlos del fuego"** (Judas 23). La imagen es la de alguien atrapado en una casa incendiándose. La situación exige actuar con decisión, urgencia y valentía. Esto puede implicar una conversación difícil, una visita, una llamada o una exhortación amorosa. Siempre debe hacerse dependiendo del Espíritu Santo y buscando la restauración, nunca desde el orgullo o la dureza.

Finalmente, Judas habla de aquellos cuya vida está profundamente contaminada por el pecado. A ellos también debemos mostrar misericordia, pero **"con temor"**, cuidando nuestro propio corazón para no ser arrastrados por el mismo pecado (Judas 23). Podemos orar por ellos, exhortarlos cuando sea posible y mostrarles el amor de Cristo, pero sin exponernos innecesariamente a influencias que puedan debilitarnos espiritualmente (**1 Corintios 15:33**). El llamado es claro: un creyente maduro no vive concentrado únicamente en su propio crecimiento espiritual. También observa a sus hermanos, ora por ellos, los anima cuando están débiles y los confronta con amor cuando es necesario. Así reflejamos el corazón del Buen Pastor, quien busca rescatar a las ovejas que se extravían (**Lucas 15:4-7**).

Preguntas de reflexión

¿Soy sensible a las necesidades espirituales de mis hermanos o suelo ser indiferente?, ¿Hay alguien a quien Dios me esté llamando a animar, exhortar o acompañar espiritualmente?, Cuando corrijo a alguien, ¿lo hago con gracia, humildad y amor, o desde una actitud de superioridad?, ¿Estoy cuidando también mi propia vida espiritual mientras procuro ayudar a otros?

Mi percepción bíblica (lo que entendí)

Mi oración (convierte tus reflexiones en oraciones sinceras)

Aplicación (entonces haré)
